

cabeza de su hermana. Despues estiró el flaco cuello, y gimiendo con horrible ansia de aire, parecia que toda la vida se paraba en él. Sus ojos se revolvieron en las órbitas, cerrándose despues como si los deslumbrara un resplandor insoportable. De su pecho salia un soplo ronco y seco.

—Leon, Leon,—gritó María llena de pavor.

Pero todo estaba en silencio; no se sentian pasos.

—Leon, Leon... Eso no es nada,—añadió la hermana acercando su rostro al del colegial poeta y procurando reanimarle con palabras.

Despues volvió á llamar á su marido. Pero Leon no estaba en el jardin. No se sentian voces de criados, ni otro rumor que el de la calle, donde jugaban los niños de la vecindad, y algunos ladridos de perros vagabundos que andaban por los tejares. Ni el más leve soplo de aire movia las hojas de los árboles: todo estaba quieto, con no sé que expresion de ansiedad pavorosa. Hasta las estrellas le parecieron á María atentas y sin fulguracion, como ojos llenos de espanto. Revolvió sus miradas en derredor y tuvo miedo al verse tan sola con su hermano que, al parecer, se moria. Volvió á llamar, y al fin sintió los pasos de su marido que tranquilamente llegaba.

XXI

Batiéndose con el ángel.

El hombre á quien hemos visto casi siempre sombrío y mudo en presencia de los acontecimientos y de las personas. desempeñando con el fastidio de actor cansado, un papel pasivo hasta ahora; este hombre, que no nos ha revelado aún sino parte muy poco considerable de sus pensamientos, hallábase aquella noche más metido en sí que de costumbre y muy deseoso de hablar consigo mismo. Luégo que llevó el sillón del enfermo á la banda de Oriente, dió la vuelta en derredor de la casa. Oyó cuchicheo de criados en la verja, y risa de fregonas y doncellas, que sentadas tomando el fresco en la calle, recibian las galanterías de los cocheros del hotel vecino. Incomodábale aquel rumor, y siguió adelante por la calle tortuosa trazada en el césped. Sentado en un banco del costado Norte, con los ojos vueltos al cielo, permaneció largo ra-

to, el codo en el respaldo, la nuca en la palma de la mano, el cuerpo extendido con pereza y abandono.

Era astrónomo. Buscaba algo que le distrajera de aquel dolor continuo que no dejaba respirar á su alma. ¿Qué mejor descanso que mirar al inmutable cielo, que parece un símbolo majestuoso de nuestro superior destino, y es, por la constancia y orden de sus giros, un emblema de la eternidad? El espíritu entristecido se lanza á aquel mar sin orillas como á su patria natural, y goza recorriendo las incomprensibles distancias y mirando cara á cara los espantosos tamaños.

Allí en frente y arriba, fija, sola, quieta en apariencia, no muy grande, presidiendo como en un trono el decurso eterno de las demás estrellas, vió Leon á la Polar, primera letra del libro del firmamento. Las dos Osas le hacen la corte; la pequeña rodando junto á ella, la grande arrastrando su magnífica cola en grandioso círculo. Casiopea, Cefeo, el Dragón, la enorme Cruz del Cisne, atrajeron sucesivamente su mirada, y por último Vega, estrella hermosa, con no sé qué centelleo melancólico y elocuente. Es tan linda, que nos dan ganas de cogerla, y la cogeríamos si tuviéramos un brazo un millón trescientas treinta veces más grande que el brazo que

necesitaríamos para encender nuestro cigarro en el Sol. Más hácia Occidente vió el lindo corrillo de estrellas de la Corona Boreal, que parecen darse la mano para danzar en círculo, persiguiendo siempre al hermoso Arcturus, uno de los soles más bellos y más grandes, que fulgura sereno, claro y como sonriente, con vanidad de su propia belleza. Era tarde, y mientras Arcturus declinaba hácia el Ocaso, aparecía por la derecha el Cuadrado de Pegaso, seguido de la infeliz Andrómeda, que se alarga hasta tocar á Perseo; apareció éste con la cabeza de Medusa en su mano, y despues la Cabra, sola en un ángulo del Cochero, sin compañía cercana, enojada, brillando con rayos que parecen saetas, mirándonos con entrecejo resplandeciente desde la distancia de ciento setenta billones de leguas. Su atención terrorífica echa setenta y dos años de camino para llegar hasta nosotros. No lejos de allí vió el gracioso ramillete formado por las llorosas Pléyades, que parecen huir de los cuernos del rojo Aldebaran... Leon Roch calculaba por la hora el tiempo que tardaría en aparecer el soberbio Orion, la maravilla más grande de los cielos, seguido de Sirio, ante cuya magnificencia palidece toda hermosura sidérea; despues recorrió la region zodiacal buscando la coqueta

Antares, con hermosa cabeza y garras de Escorpion; se detuvo luego á determinar los sitios de las nebulosas más notables; esparció la vista por la Via Láctea, donde tiende sus alas el Águila y abre sus brazos la Cruz del Cisne; por un rato se anonadó ante tanta belleza, considerando lo difícil que es para los ojos profanos el considerarla como una polvareda de soles, y por fin... se cansó de mirar al cielo. Reclamado en el fondo de su alma por cuidados de la tierra y por una inquietud ó presentimiento inexplicables, levantóse del asiento y penetró en la casa.

Pasó de una pieza á otra, y al entrar en el comedor oscuro oyó cuchicheo de voces. Eran las de su mujer y su cuñado que hablaban en el jardín, á dos pasos de la ventana del comedor. Sentóse en una silla. Algunas de las palabras pronunciadas entre tos y tos llegaban á él como el silabear quejumbroso y suspirón de María cuando rezaba la retahilá. Acercándose un poco á la ventana, oyó más claramente. No era de su agrado aquella suerte de espionaje; pero una fuerza semejante á la querencia lúgubre del crimen, le detuvo allí un rato. Sus aterrados ojos miraban el grupo del jardín y su rostro palidecía como el de un reo que oye su sentencia. La misma fuerza de su enojo le alejó al cabo de allí, llevándole

á vagar por la planta baja de la casa, discurrendo por las habitaciones cuyas puertas y ventanas estaban abiertas á causa del calor. Su figura pasaba reflejándose de un espejo á otro y se creeria que éstos jugaban con ella arrojándosela y recogéndola. Asustáronse al sentirle pasar los pájaros que ya estaban dormidos, y las cortinas se movieron ceremoniosamente como á la entrada de un gran señor. Al fin dió con su cuerpo en el despacho que ahora servia de gabinete al pobre enfermo, y se arrojó en una butaca, dando descanso á su cabeza en las palmas de las manos. Á ratos oíase un murmullo, como si hablara consigo mismo; á veces un apóstrofe cual si con otro hablara. Despues se oia una risilla de desprecio, de burla, ó más bien de ira, que la ira cuando es muy reconcentrada suele tener erupciones humorísticas, y últimamente verificóse en él un fenómeno cerebral bastante comun en los momentos en que la ira y el dolor se encuentran actuando á sus anchas sobre el individuo, á solas, en parajes semi-oscuros y silenciosos.

Con los ojos cerrados, (y esto es lo más extraño) creyó ver la misma habitacion en que estaba y se sintió á sí mismo precisamente allí donde mismo estaba. Y vió en frente una figura japonesa, negra, rígida, recortada

y destacándose sobre el fondo de colores inundados de luz. El cuerpo mezquino se mantenía sentado y tieso cual si de sí mismo fuera inquisidor, y el rostro gelatinoso, cadavérico, contraído todo por el hábito de estar siempre haciendo los visajes del escrúpulo y de la aflicción mística, elevaba al techo los ojos de esmeralda ó los paseaba con indiferencia estúpida por las paredes pobladas de acuarelas, mapas y estampas y por el suelo cubierto de fino junco.

Leon había caído en la somnolencia dolorosa á que llega despues de los primeros parosismos una pena profundísima que no pudiendo salir á la superficie corre muy honda por los cáuces del alma. Alguien más estaba allí. ¿Quiénes eran los que sentados en derredor formaban como un cónclave terrible? Eran Arcturus, Aldebaran, Vega, la Cabra, Orion, la coqueta Antares y el imponente Sirio... En su delirio Leon vió que él mismo se levantaba arrebatado de coraje y violencia; que corría derecho hácia la delgada figura negra; que sin intimación la asía en sus brazos, gritando: "¡Insecto, has venido á robarme mi última esperanza! ¡Muere, pues!..."

Y el insecto acogotado le dirigía una mirada de indefinible dolor gimiendo entre los duros brazos, y su débil amazon se quebraba,

crugiendo como una cáscara de nuez que se rompe. "¿Quién te ha llamado á gobernar el hogar ageno? —le decía Leon ciego de ira y haciéndolo astillas. —¿Quién te autoriza á quitarme lo que me pertenece?... ¿Quién eres tú?... ¿De dónde has venido con tu horrible orgullo disfrazado de virtud?... ¿De qué te vale el desollarte vivo si no tienes verdadero espíritu de caridad?...". Y el pobre insecto espiraba con contracciones dolorosas, cerraba los ojos para siempre y parecía que sus ajados labios decían: "muero.", Leon, poseído de una cólera delirante, le apretaba más, y la víctima menguaba entre sus brazos: ya no era más que un negro manojito de zancas secas, de manos estrujadas y un carapacho roto como el juguete de carton en manos de un niño... Pero de pronto las estrellas prorumpen en espantosa risa y huyen buscando cada cual su sitio arriba; el desbaratado cuerpecillo se deshace de los brazos asesinos, se transfigura, se engrandece, se torna de humilde en poderoso, de mezquino en fuerte; vésele alzarse y elevar la frente rodeada de luz, extender de su cuerpo negro alas esplendorosas, alzar del suelo los piés blancos y desnudos sin un grano de polvo de la tierra, y levantar el brazo formidable y musculoso cuya mano empuña una espada de fuego.

Leon echa mano al cinto. También él tiene su espada de fuego y la saca blandiéndola en el aire con amenazadora presteza.

“Menguado, ¿crees que te temo?”

“¡Atrás, impío!”

Y entre los dos, iluminado su bello rostro por el resplandor de las espadas, apareció María, mundanamente hermosa, mal veladas sus gracias voluptuosas, con los ojos encendidos de amor y la boca fruncida por un mohín de mogigatería.

“¡Colegial, déjamela! ¿no ves que es mía, no ves que la amo?”

“¡Atrás, impío!”

.....
—¡Oh! ¡qué necia estupidez!—exclamó Leon pasándose la mano por su frente cubierta de sudor frío y desechando la obsesión terrible.

• Claramente oyó entonces la voz de su mujer que le llamaba.

Aquel *Leon*, *Leon*, sonaba en su cerebro como una campana tocando á rebato. Levantóse, y lentamente, sin precipitación, con una parsimonia cruel y en cierto modo vengativa se dirigió al jardín.

XXII

Vencido por el ángel.

—No, no es nada,—murmuró Luis Gonzaga, cuando vió cerca al marido de su hermana.—Una congoja algo más fuerte que las demás. Mañana...

Leon le miró sin tocarle, á dos pasos de distancia, mudo, sombrío, y acordándose de su pasada obsesión, tuvo miedo de sus sentimientos.

—No,—dijo para sí,—no es más que antipatía, que se ahogará en lástima, porque este desgraciado se muere.

Luis tomó la mano de su hermana, y con voz débil, incorrecta, desigual, entre solemne y festiva á causa del súbito calenturon fulminante que le devoraba, le dijo:

—El mayor peligro á que estarás expuesta, será que te propondrán transacciones, acomodamientos... Prevente contra este lazo de

la impiedad, que es una trampa cubierta de rosas, hija mia. No, entre el creer y el no creer no hay arreglo posible. ¿Concibes tú reconciliación entre el salvarse y el perderse para siempre? No hay término medio entre lo temporal y lo eterno. Huye de los arreglos, no cedas ni un ápice de tu firme y glorioso terreno. No se puede ser religioso á medias. El que deja de serlo por completo, ya no lo es. Nuestro Señor ha querido que esta obra admirable sea tal, que el que de ella quitase la más mínima parte, al punto queda fuera de ella... Cuida de evitar la pérfida trampa... Es el tema predilecto del siglo y ha lanzado más almas al infierno que la misma impiedad... Acuérdate de mí, piensa en mí, tenme presente, no olvides que he venido á salvarte, á llamarte al camino de la verdad y á morir en tus brazos para que mi memoria sea más duradera. Dios nos envió juntos al mundo y juntos nos quiere ver alabándole al pie de su trono de gloria. María, María...

—Sosiégate, hermano, sosiégate,—dijo María aterrada y llena de angustia.

Luis abrió los ojos con viveza, y mirando á Leon, dijo con desvarío:

—Me parece que aquí hay alguien. María, ¿no es un hombre lo que veo?

—Es Leon, es mi marido.. Llamemos al

instante al médico... ¿no te parece, Leon?... Los criados, ¿dónde están?...

María corrió á llamar; pero su hermano la detuvo, asiéndola fuertemente del brazo.

—No me dejes solo...—murmuró.—Has dicho que tu marido... Dios mio, Dios mio, ¿qué idea es esta que me turba?... ¿Es este escrúpulo pueril, como tantos que me han mortificado, ó indicación de la conciencia? Dime tú ¿qué es?... ¿Está aquí Leon?

Marido y mujer callaron.

—¿Qué idea!... ¿Le habré ofendido? No; he dado á mi hermana los consejos que me dictaba mi piedad. Dios ha hablado dentro de mí. Dios, Dios... Es escrúpulo; pero aún los escrúpulos deben atenderse. ¡Ah! ¿está aquí el buen Paoletti?

Sus ojos extraviados se fijaban en Leon.

—Padre Paoletti, ¿habré ofendido á mi cuñado?

Después, como si hubiera oído una respuesta, añadió:

—Es verdad, no puedo haberle ofendido; y por si le ofendí, mañana le llamaré á mi lecho de muerte y le pediré perdón. Al mismo tiempo repetiré á María las advertencias.

—Llévemole adentro,—dijo Leon.

—Llamemos á los criados,—balbució María, que apenas podía articular una palabra.

El enfermo apartó los brazos de su hermana cuando se dirigían á acariciarle, y con voz muy torpe dijo:

—Dejadme aquí... Siéntate á mi lado.

María se sentó. Sus cabezas casi se tocaban.

—Mañana, mañana, cuando haya recibido al Señor en mi humilde morada, le entregaré mi alma... ¡Pero qué frío hace! Está nevando, ¿no es verdad?

Revolvió una mirada atónita por todo el espacio.

—No brillan las estrellas,—murmuró con un ronquido.—¡Oscura noche, precursora del día claro y grande! Mañana, hermana, mañana pediré á todos perdon y me dormiré en el seno del Señor... Si vieras qué bien me encuentro ahora... qué dulce reposo siento... Pero me da pena... porque el temor de que esta mejoría aumente mi vida... Yo no quiero salud, yo no quiero estar mejor, yo no quiero sino dolores, ansiedad, ahogarme, extermarme y morir... Este bienestar que ahora... siento...

Su cabeza se fué inclinando lentamente del lado de su hermana, hasta que cayó sobre el hombro de ésta, como si se le rompieran las vértebras del cuello.

Cerró los ojos; de sus labios salió leve sus-

piro, y se murió como un pájaro que se duerme.

—Se fué,—dijo León examinándole.

María abrazó á su hermano y sostuvo el cuerpo, que pesadamente se inclinaba hácia la tierra, y cuando los criados, acudiendo á las dolorosas voces del ama, trasladaron al muerto á su lecho, María le besó ardientemente, inclinando su cabeza sobre el cuerpo rígido. León, no convencido aún del fallecimiento, acudió á tocarle las sienes, el pulso, á hacer la prueba del espejo. Entónces María se incorporó enérgicamente, y rechazando á su marido con el nervioso gesto, con los ojos llenos de terror y de lágrimas y con la voz apasionada y furibunda, exclamó:

—¡Malvado! ¡No le toques, no le toques!

Madrid.—Mayo, Junio, 1878.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.